

# LA REINA EXILIADA

A large, glowing, ornate pendant hangs from a chain, set against a dark, stormy sky with lightning and bare trees. The pendant is oval-shaped and appears to be made of gold and clear crystal, with intricate designs visible inside. The background is a dramatic, dark landscape with lightning bolts and silhouettes of trees.

CINDA WILLIAMS CHIMA

Tras *El rey demonio*, la aventura continúa

Obsesionado con la muerte de su madre y de su hermana, Han Alister viaja hacia el sur para comenzar a recibir educación en Casa Mystwerk, en el Vado de Oden. Pero es imposible huir del peligro: los Bayar, la poderosa familia de magos, lo acechan intentando recuperar el amuleto que les robó. Además, Casa Mystwerk tampoco es un lugar tan seguro: allí Cuervo, un mago misterioso, se convierte en su tutor para enseñarle todo lo que sabe sobre las artes más oscuras de la bujería, tras sellar un pacto del que Han podría arrepentirse.

Por otra parte, la princesa Raisa ana'Marianna escapa de un matrimonio forzoso acompañada por su amigo Amon. El lugar más seguro para ella es Casa Wien, la academia militar en el Vado de Oden, donde logrará conseguir la educación que necesita para convertirse en la próxima reina de los Lobo Gris. Pero cuando los caminos de Han y Raisa se cruzan, el orden de sus vidas se ve trastornado por completo.

*Para Linda y Mike, que comparten  
un mundo de barbies de ensueño  
y arrolladoras.  
Gracias por aguantar a todos  
los animales parlantes.*

## 1

## La Muralla Occidental

El teniente Mac Gillen de la Guardia de la Reina de los Páramos encorvó la espalda contra el viento que aullaba desde los gélidos páramos del norte y el oeste. Tras atar las riendas en el cuerno de la silla, dejó que su caballo, *Marauder*, recorriera a su aire el último kilómetro cuesta abajo hasta la plaza fuerte de la Puerta del Oeste.

Gillen se merecía algo mejor que aquel desdichado puesto en aquel mísero rincón del Reino de los Páramos. Patrullar la frontera era una labor que correspondía al ejército regular, a los mercenarios extranjeros, llamados *franjeros*, o a la milicia local de las Tierras Altas. No a un miembro de elite de la Guardia de la Reina.

Sólo llevaba un mes fuera de la ciudad, pero aun así ya echaba de menos el arenoso vecindario de Puente del Sur. En Puente del Sur había una variedad de distracciones con las que amenizar las rondas nocturnas: tabernas, casas de juego y chicas guapas. En la capital había tenido contactos de altos vuelos con los bolsillos bien llenos, lo cual suponía un montón de oportunidades para hacer trabajillos extra por cuenta propia.

Pero después todo se torció. Los prisioneros de la Cárcel Militar de Puente del Sur se habían amotinado, y una rata de alcantarilla llamada Rebecca le había quemado el ros-

tro con una tea encendida, dejándolo tuerto y con la piel roja y brillante, con una cicatriz de tejido arrugado.

A finales de verano se había llevado a Magot, Sloat y algunos más a recuperar un amuleto robado en el Mercado de los Harapos. Llevó a cabo la misión a escondidas, obediendo las órdenes de lord Bayar, Gran Mago y consejero de la reina. Registraron aquellas ruinosas caballerizas de arriba abajo, e incluso cavaron en el patio de la cuadra, pero no encontraron el aciago objeto ni a *Pulseras Alister*, el ladrón que lo había robado.

Cuando interrogaron a los andrajosos que vivían allí, la mujer y su mocosa sostuvieron que no tenían ni idea de quién era *Pulseras Alister* y que no sabían nada sobre ningún amuleto. Al final, Gillen había quemado el lugar, reduciéndolo a cenizas con todos sus moradores dentro. Un castigo ejemplar a modo de advertencia para los demás ladrones y mentirosos.

Percibiendo la falta de atención de Gillen, *Marauder* mordió el bocado y se echó a galopar desmañadamente. Gillen volvió a tirar de las riendas, recuperando el control con jactancia para disimular su enojo. Gillen fulminó a sus hombres con la mirada, borrándoles la sonrisa de la cara.

Sólo le faltaría eso: caerse y partirse el cuello en una carrera cuesta abajo hacia ninguna parte.

Algunos considerarían como un ascenso el destino de Gillen en la Muralla Occidental. Le habían otorgado la insignia de teniente y tenía a su cargo un lúgubre torreón y a un centenar de exiliados como él, todos ellos miembros del ejército regular, además de su propio escuadrón de casacas azules. Sus atribuciones de mando eran mayores que las de su antiguo puesto en el Cuartel de Puente del Sur.

Como si gobernar una pocilga mereciera celebración.

El torreón de la Puerta del Oeste custodiaba la Muralla Occidental y el deprimente villorrio de la Puerta del Oeste. La muralla separaba los montañosos eriales de los Páramos de los estremecedores pantanales de los Álamos Temblo-

nes. Los Álamos, inexploradas tierras bajas de ciénagas y marjales, eran demasiado densos para nadar en ellos y demasiado flojos para ser arados; eran intransitables después de las severas heladas que seguían al solsticio, salvo a pie.

En resumidas cuentas, el control del fuerte de la Puerta del Oeste ofrecía escasas oportunidades a un hombre emprendedor como Mac Gillen, quien sabía de sobra lo que era su nuevo destino: un castigo por haber fracasado en dar a lord Bayar lo que éste quería.

Tenía suerte de seguir con vida tras la decepción del Gran Mago.

Gillen y su patrulla chapotearon por las calles adoquinadas del pueblo y desmontaron en las caballerizas de la fortaleza.

Cuando Gillen condujo a *Marauder* a la caballeriza, su suboficial de guardia, Robbie Sloat, se golpeó la frente a modo de saludo.

—Han venido tres visitantes de Fellsmarch a verle, señor —dijo Sloat—. Lo aguardan en el torreón.

La esperanza prendió en Gillen. Aquello quizá significara que por fin llegaban nuevas órdenes desde la capital. Y tal vez supusieran el final de su inmerecido exilio.

—¿Han dicho quiénes son? —Gillen lanzó los guantes y la capa empapada a Sloat y se pasó las manos por el pelo para peinarse.

—Han dicho que sólo hablarían con usted, señor —respondió Sloat. Titubeó un instante—. Son jóvenes de sangre azul. Casi unos críos.

La chispa de esperanza se apagó. Probablemente se tratará de arrogantes hijos de la nobleza de camino hacia las academias de Vado de Oden. Lo último que necesitaba.

—Han exigido alojarse en el ala de los oficiales —prosiguió Sloat, confirmando los temores de Gillen.

—Parece como si ciertos nobles creyeran que esto es un albergue para mocosos aristócratas —masculló Gillen—. ¿Dónde están?

Sloat se encogió de hombros.

—En el casino de oficiales, señor.

Sacudiéndose el agua de lluvia, Gillen entró en la fortaleza a grandes zancadas. Antes de acabar de cruzar el patio interior oyó música: una *basilka* y una flauta dulce.

Gillen abrió con el hombro las puertas del casino de oficiales y encontró a tres muchachos, apenas mayores de edad, agrupados junto al fuego. Habían abierto el barril de cerveza del aparador, y cada uno tenía una jarra vacía ante sí. Los muchachos lucían la expresión aturdida y saciada de quien se ha dado un festín desmedido. Los restos de lo que había sido un suntuoso banquete estaban esparcidos por la mesa, incluido el escamondado cadáver de un gran jamón que Gillen había reservado para sí.

En un rincón se encontraban los músicos, una bonita joven a la flauta dulce y un hombre, probablemente su padre, a la *basilka*. Gillen recordó haberlos visto en el pueblo, tocando en las esquinas para ganarse unas perras.

Al entrar Gillen, la tonada cesó y los músicos palidieron, abriendo los ojos como platos, igual que animales atrapados antes de ser sacrificados. El padre abrazó a su temblorosa hija, le acarició la cabeza rubia y le dijo algo en voz baja.

Haciendo caso omiso de la irrupción de Gillen, los muchachos, sentados junto al fuego, aplaudieron cansinamente.

—No ha sido gran cosa, pero mejor eso que nada —dijo uno de ellos con una sonrisita de suficiencia—. Igual que el alojamiento.

—Soy Gillen —dijo Gillen en voz alta, para entonces convencido de que no sacaría provecho alguno de aquel encuentro.

El más alto de los tres se puso de pie con desenvoltura, echando hacia atrás su negra melena. Al ver la cicatriz del semblante de Gillen se estremeció, arrugando con repugnancia su aristocrático rostro.

Gillen apretó los dientes.

—El cabo Sloat me ha dicho que queríais verme —dijo.

—Así es, teniente Gillen. Soy Micah Bayar, y éstos son mis primos, Arkeda y Miphis Mander. —Hizo un ademán hacia los otros dos, que eran pelirrojos, uno delgado, el otro de complexión robusta—. Vamos camino de la academia de Vado de Oden pero, como pasábamos por aquí, antes de salir de Fellsmarch me pidieron que le transmitiera un mensaje. —Desvió la mirada hacia el cuerpo de guardia vacío—. Quizá podríamos hablar ahí dentro.

Con el pulso acelerado, Gillen reparó en las estolas que cubrían los hombros del muchacho, bordadas con halcones encorvados. El emblema de la familia Bayar.

Sí. Ahora veía el parecido; había algo en los ojos del muchacho y en la prominente estructura ósea de su rostro. El pelo negro del joven Bayar tenía reflejos rojos de mago.

Los otros dos también lucían estolas, aunque con un emblema diferente. Gatos de los Páramos. Así pues, los tres eran magos en ciernes, y uno de ellos el hijo del Gran Mago.

Gillen carraspeó, hecho un manojo de nervios.

—Por supuesto, Su Señoría, faltaría más. Espero que la comida y la bebida hayan sido de vuestro agrado.

—Han resultado..., saciantes, teniente —repuso el joven Bayar—, aunque me temo que no me han sentado muy bien.

Se dio unos golpecitos en el vientre y los otros dos muchachos soltaron una risotada.

«Cambia de tercio», pensó Gillen.

—Sois el vivo retrato de vuestro padre. En cuanto os he visto he sabido que erais su hijo.

El joven Bayar arrugó la frente, miró de soslayo a los músicos y volvió a clavar sus ojos en Gillen. Abrió la boca como para decir algo pero Gillen siguió hablando para manifestar su opinión.



—No fue culpa mía, ¿sabéis?, me refiero a lo del amuleto. Ese *Pulseras Alister* es despiadado y astuto. Pero su padre eligió al hombre adecuado para el trabajo. Si alguien es capaz de encontrar a Alister, ése soy yo, y además recuperaré el talismán. Basta con que regrese a la ciudad para conseguirlo.

El muchacho permaneció absolutamente imperturbable, mirando a Gillen con los ojos entrecerrados y los labios prietos, denotando desaprobación. Luego meneó la cabeza y se volvió hacia sus primos.

—Miphis, Arkeda. Quedaos aquí —dijo Bayar—. Bebed más cerveza, si sois capaces de tolerarla. —Señaló a los dos músicos—. No perdáis de vista a esos dos. Que no salgan de aquí.

El joven Bayar hizo una seña a Gillen con el dedo.

—Usted venga conmigo.

Sin volverse para ver si Gillen lo seguía, se fue derecho hacia el cuerpo de guardia.

Confundido, Gillen fue tras él. El joven Bayar se puso a mirar por la ventana que daba al patio de la cuadra, apoyando las manos en el dintel de piedra. Aguardó hasta que la puerta se hubo cerrado a sus espaldas antes de volverse hacia Gillen.

—Cómo puede ser tan..., cretino —dijo el muchacho, con el semblante pálido, la mirada dura y resplandeciente como el carbón de Delphi—. Me cuesta creer que mi padre contratara a alguien tan estúpido. Nadie debe saber que está empleado por mi padre, ¿lo entiende? Si llegan rumores de este asunto a oídos del comandante Byrne, las consecuencias serán graves. Podrían acusar de traición a mi padre.

A Gillen se le secó la boca.

—Claro. Por supuesto —balbuceó Gillen—. Yo..., esto..., había dado por sentado que los demás aprendices de brujo iban con usted, y...

—No se le paga para que haga suposiciones, teniente Gillen —dijo Bayar. Dio unos pasos hacia Gillen con la espalda muy tiesa; la brisa que entraba por la ventana meció sus estolas.

Mientras Bayar se fue aproximando, Gillen retrocedió hasta topar con la mesa del cuerpo de guardia.

—Y cuando digo nadie, quiero decir nadie —prosiguió Bayar, acariciando un colgante de aspecto maligno que llevaba al cuello. Era un halcón tallado en una gema roja; un talismán como el que Gillen no había logrado encontrar en el Mercado de los Harapos—. ¿Con quién más ha hablado de esto?

—Con nadie, juro por la sangre del demonio que no se lo he contado a nadie más —susurró Gillen, con el miedo cual cuchillo clavado en el vientre. Estaba en guardia, con los pies ligeramente separados, listo para saltar hacia un lado si el aprendiz de brujo le lanzaba una llamarada—. Sólo quería asegurarme de que Su Señoría supiese que hice todo lo posible por recuperar esa talla pero que no hubo manera de encontrarla en ninguna parte.

El muchacho hizo una breve mueca de desagrado, como si se tratase de un tema en el que prefiriese no abundar.

—¿Sabía que mientras usted: registraba el Mercado de los Harapos en busca del amuleto, Alister atacó a mi padre y por poco lo mató?

«Sangre y huesos», pensó Gillen, estremeciéndose. Desde que era el señor de la calle de la banda de los harapientos, Alister tenía fama de ser audaz, violento y despiadado. Ahora daba la impresión de que el muchacho también tenía ganas de matar.

—¿Está..., está bien lord Bayar?

«¿Está muerto Alister?»

El joven Bayar contestó la pregunta formulada y la tácita.

—Mi padre se ha recobrado. Alister, por desgracia, escapó. A mi padre le cuesta perdonar la incompetencia —agregó—. De cualquiera.

El tono avinagrado de la voz del muchacho cogió a Gillen desprevenido.

—Sí, claro —dijo Gillen, que retomó el hilo de su discurso, impelido a exponer sus razones—. Aquí estoy perdiendo el tiempo, mi señor. Enviadme de vuelta a la ciudad y daré con el tipo ese, lo juro. Conozco las calles, y conozco a las bandas que las gobiernan. Tarde o temprano, Alister aparecerá en el Mercado de los Harapos, por más que su madre y su hermana sostuvieran que hacía semanas que se había largado de allí.

El joven Bayar entornó los ojos y se inclinó hacia delante, apretando los puños.

—¿Su madre y su hermana? ¿Alister tiene una madre y una hermana? ¿Todavía están en Fellsmarch?

Gillen sonrió de oreja a oreja.

—En todo caso quemadas, me figuro. Prendimos fuego a su casa con ellas dentro.

—¿Las mató? —preguntó el joven Bayar, mirándolo de hito en hito—. ¿Están muertas?

Gillen se humedeció los labios sin saber en qué la había pifiado.

—Bueno, me dije que eso serviría para que todo el mundo supiera que más vale decir la verdad cuando Mac Gillen pregunta.

—¡Cómo se puede ser tan idiota! —Bayar negó lentamente con la cabeza, sin apartar los ojos del rostro de Gillen—. Podríamos haber usado a la madre y la hermana de Alister para que saliera de su escondrijo. Podríamos haberle ofrecido cambiarlas por el amuleto. —Cerró el puño en alto—. Podríamos haberlo capturado.

«Huesos», pensó Gillen. Nunca atinaba a decirle lo correcto a un mago.

—Entiendo que lo veáis así, pero, creedme, un maleante como Alister tiene el corazón más frío que el río Dyrnne. ¿Cree Su Señoría que le importa lo que le suceda a su madre y su hermana? Qué va. Sólo le importa él mismo.

El joven Bayar desdeñó tal idea con un ademán.

—Ahora nunca lo sabremos, ¿verdad? Sea como fuere, mi padre no requiere de sus servicios para dar caza a Alister. Ha encomendado esa tarea a otros. Han conseguido limpiar la ciudad de bandas callejeras, pero no han tenido suerte en hallar a Alister. Tenemos motivos para pensar que se ha marchado de la Marca de los Páramos.

El muchacho se frotó la frente con el pulpejo de la mano, como si tuviera dolor de cabeza.

—No obstante, si alguna vez su camino se cruzara con el de Alister por casualidad o a propósito, mi padre desea que sea llevado ante su presencia, sano y salvo y con el amuleto. Por descontado, si usted lo consigue recibirá una generosa recompensa.

El joven Bayar trató de mostrarse indiferente, pero la tirantez en torno a sus ojos decía otra cosa.

«El muchacho odia a Alister», pensó Gillen. ¿Era porque Alister había intentado matar a su padre? En cualquier caso, Gillen tuvo claro que de nada serviría insistir en la cuestión de su regreso a Fellsmarch.

—De acuerdo, pues —dijo, esforzándose por disimular su desilusión—. Bien. ¿Qué os trae por la Puerta del Oeste? Habéis dicho que me traíais un mensaje.

—Un asunto muy delicado, teniente, y que exige mucha discreción.

El muchacho dio a entender que dudaba que Gillen tuviera la menor discreción. Fuera eso lo que fuese.

—Os aseguro, mi señor, que podéis confiar en mí —dijo Gillen con entusiasmo.

—¿Se ha enterado de que la princesa Raisa ha desaparecido? —preguntó Bayar a bocajarro.

Gillen hizo lo posible por mantener el semblante impasible.

—¿Desaparecido? No, mi señor, no estaba enterado. Apenas nos llegan noticias aquí arriba. ¿Alguien tiene idea...?

—Creemos posible que intente abandonar el país.

«Ajá, entonces es que se ha fugado», pensó Gillen. ¿Sería por una rencilla entre madre e hija? ¿Un romance con quien no correspondía? ¿Un plebeyo, quizá? Las princesas Lobo Gris tenían fama de testarudas y aventureras.

En una ocasión había visto a la princesa Raisa de cerca. Era menuda pero bastante bien formada, con una cintura que un hombre podía abarcar con las manos abiertas. Entonces, Raisa le echó un vistazo con sus cautivadores ojos verdes y luego le susurró algo a la dama que estaba a su lado.

Eso era antes. Ahora las mujeres le daban la espalda cuando se ofrecía a invitarlas a tomar algo.

Antes, la princesa podía impresionarse y sentirse atraída por alguien como él, un hombre de mundo, un militar. Incluso había acariciado pensamientos de cómo sería...

La voz de Bayar puso fin a su ensimismamiento.

—¿Me está escuchando, teniente?

Gillen se esforzó para volver al asunto que estaban tratando.

—Sí, mi señor. Por supuesto. ¿Qué ha sido lo último?

—He dicho que también nos parece plausible que haya buscado cobijo en casa de los parientes cabezacobriza de su padre, ya sea en Demonai o en los Pinos de Marisa. —Bayar se encogió de hombros—. Ellos sostienen que no está allí, que debe de haberse dirigido hacia el sur, fuera del reino. Pero la frontera meridional está bien vigilada. De modo que quizás intente marcharse por la Puerta del Oeste.

—Pero... ¿Adónde va a ir? Hay guerra en todas partes.

—Quizá no esté pensando con claridad —dijo Bayar, al tiempo que un rubor le teñía la tez pálida—. Por eso es de-

cisivo que la interceptemos. La princesa heredera tal vez se ponga en peligro. Es posible que vaya a algún lugar donde no podamos alcanzarla. Eso sería..., desastroso.

El muchacho cerró los ojos, toqueteándose las mangas. Cuando al abrirlos de nuevo vio a Gillen mirándolo, giró sobre sus talones y volvió a asomarse a la ventana.

«Vaya —pensó Gillen—. O el chico es un actor consumado, o en verdad está preocupado».

—O sea que debemos estar alerta por si viene a la Puerta del Oeste —dijo Gillen—. ¿Es eso lo que estáis diciendo?

Bayar asintió sin volverse.

—Hemos procurado mantener este asunto en secreto, pero corren rumores de que se ha fugado. Si los enemigos de la reina la encuentran antes que nosotros, bueno..., puede figurárselo.

—Por supuesto —dijo Gillen—. Esto... ¿Se sabe si viaja acompañada?

Bien. Ésa era una manera inteligente de plantearlo para averiguar si se había fugado con alguien.

—No lo sabemos. Es posible que vaya sola o que esté cabalgando con los cabezacobriza.

—¿Qué quiere exactamente que haga lord Bayar? —preguntó Gillen, creciéndose un poco.

Ahora el muchacho se volvió hacia él.

—Dos cosas. Queremos que mantenga vigilada la frontera para interceptar a la princesa Raisa por si intenta cruzarla por la Puerta del Oeste. Y necesitamos que un destacamento de guardias de confianza vaya al Campamento Demonai a comprobar que no está allí.

—¡A Demonai! —exclamó Gillen, menos alegre—. Pero..., no puede ser... No estaréis pensando en que nos enfrentemos a los guerreros Demonai, ¿verdad?

—Claro que no —dijo Bayar, como si Gillen fuese idiota—. La reina ha informado a los Demonai de que su guardia visitará los campamentos de las tierras altas para interrogar

a los salvajes. No pueden negarse. Por lo tanto, estarán al quite de su visita, de modo que tendrá que investigar a fondo para averiguar si la princesa está allí o ha pasado por allí.

—¿Seguro que nos están esperando? —preguntó Gillen. Los marismeños eran una cosa, ni siquiera utilizaban armas de metal. Pero los Demonai... No abrigaba el menor deseo de luchar contra ellos—. No quiero terminar lleno de flechas con la punta de cobre. Los Demonai tienen venenos que ennegrecen el...

—No se apure, teniente Gillen —dijo Bayar bruscamente—. Estará absolutamente a salvo, a no ser, por supuesto, que le sorprendan husmeando.

Enviaría a Magot y Sloat, decidió Gillen. Eran los más aptos para esa tarea. Sería mejor que él se quedara y vigilara la eventual aparición de la princesa. Eso requeriría mano izquierda y tener la mente despejada. Y discreción.

—Me figuro que va a necesitar al menos una compañía de soldados para efectuar una búsqueda minuciosa.

—¡Una compañía! Sólo cuento con un centenar de soldados en total, aparte de un escuadrón de guardias —dijo Gillen—. No me fío de los mercenarios. Tendrá que ser una sección, no puedo prescindir de más hombres.

Bayar se encogió de hombros; no le correspondía a él resolver los problemas de Gillen.

—Pues que sea una sección. Iría yo mismo en persona pero, siendo mago, tengo prohibido aventurarme en las Montañas de los Espíritus. —Bayar volvió a acariciar la llamativa joya que llevaba al cuello—. Y seguro que mi participación suscitaría preguntas embarazosas.

«Claro que suscitaría preguntas», pensó Gillen. ¿Por qué iba a participar en asuntos militares un aprendiz de mago? La protección de las reinas Lobo Gris era tarea de la Guardia de la Reina y del ejército.

—Nos gustaría que se pusiera manos a la obra sin más demora —dijo Bayar—. Que su pelotón esté listo para par-